

EL PATRIOTISMO

En su *Discurso a las juventudes de España*, escribe Ledesma Ramos que necesitamos fomentar un patriotismo "directo", distinto del patriotismo "religioso" y del patriotismo "monárquico", tradicionales en España. A su juicio, hemos de acercarnos directamente a España, "no a través del catolicismo". Tenemos que persuadir al pueblo de que "el servicio a España y el sacrificio por España es un valor moral superior a cualquier otro." Y ello por dos razones: primera, que el fin que con ello se persigue, la grandeza de España, no es empresa propia de la Iglesia; y, segunda, que en esta empresa pueden colaborar evidentemente gentes alejadas de toda disciplina confesional.

Coincido en el propósito fundamental de estas apreciaciones. Tenemos que aumentar nuestro patriotismo hasta convertirlo en fuerte disciplina moral. De esto no cabe duda. Hay obligaciones patrióticas que no son religiosas y que puede y debe sentir las cualquier español, sea monárquica o republicana la forma de gobierno que prefiera. El Sr. Ledesma Ramos no sería, como es, un pensador político si no hubiera señalado la necesidad en que nos encontramos de hacer más intenso y eficaz el patriotismo. Hay que fortalecer el patriotismo. Conformes, pero ¿se le fortalece depurándolo?

El siglo XVIII fué para nosotros un inmenso intento de transformar el patriotismo religioso y monárquico en territorial. El ensayo nos costó la separación de América. El Sr. Ledesma Ramos puede leer el segundo de los dos ensayos que acaba de publicar el comandante Rodríguez Urbano: "La España de Felipe II." "De Colón a Bolívar". En él verá que el sentimiento de odio entre criollos y españoles "al cabo de los años será causa principal de la secesión de Hispanoamérica". ¿Cómo se produjo? Que en 1700 no existía se prueba por el hecho de que en los quince años que dura en España la guerra de sucesión no se movió la hoja de un árbol, a pesar de que la metrópoli no podía enviar un solo soldado a los reinos de América. Y es que entonces era común el patriotismo de criollos y españoles, porque era un patriotismo religioso y monárquico.

El odio apareció cuando las *Noticias secretas de América*, de Jorge Juan y Ulloa, diseñaron el propósito de explotar las riquezas americanas, y cuando, al efecto, los virreyes y gobernadores se rodearon de hidalgos pobres del Norte de España, gente laboriosa, ambiciosa y orgullosa, que desalojó de las Cortes virreynales a la antigua aristocracia criolla, formada a base de las primitivas encomiendas, con lo cual empezaron los criollos a sentirse descontentos. El genealogista argentino Machain ha mostrado el empeño de esos hidalgos en afirmar la primacía de los señoríos españoles sobre los méritos contraídos en América, en que fundaba la Casa de Austria la aristocracia americana. Y así empezó el desafecto de los hogares en que fueron criados los Miranda y los Bolívar.

Todavía alcancé yo a sentir sus consecuencias en los años que precedieron a la insurrección de Baire, en febrero de 1895. Los españoles de Cuba formaban el partido *incondicional*, encendido en ese mismo patriotismo que desearíamos fortalecer el señor Ledesma Ramos y yo. Los cubanos eran separatistas o autonomistas. El patriotismo de los españoles de Cuba era entonces poco o nada católico o monárquico. Los más cultos sentían lealtad al Estado español; los menos cultos, a la tierra o a la raza nativas. Y los cubanos, a menudo sus hijos, les odiaban en cuanto patriotas, porque ellos no sentían ni podían sentir otra patria territorial que Cuba.

Liquidado ese pleito, podrá argüirme Ledesma Ramos, ya no hay el menor inconveniente en que los cubanos desarrollen al máximo el patriotismo de Cuba, y los argentinos el de la Argentina, los chilenos el de

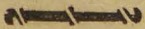
Chile y los españoles el de España. Y en ello tiene toda la razón. Nunca seremos nosotros bastante españoles, ni bastante cubanos, argentinos o chilenos los criollos. Pero el patriotismo no es un afecto ciego, ni mucho menos mudo. ¿Cómo hablar de patriotismo hispánico sin tropezarse con Rubén y con su Salutación del Optimista? El patriotismo es espíritu. Para ser exacto, puesto que Ledesma Ramos sabe filosofía, diremos que "El patriotismo es el afecto de nuestro espíritu al espíritu objetivado por nuestros compatriotas".

¿Más claro? Espíritus somos tú y yo, lector; espíritu objetivado es la Catedral de Sevilla, nuestro romance castellano o la batalla de las Navas. La hispanidad es la cantidad total de espíritu que los pueblos hispánicos han infundido en la historia del mundo. El habla es ya espíritu objetivado, además de ser el vehículo de la mayoría de las objetivaciones. Con palabras no sólo se escribe, sino que se hace la historia, ya que ni los fusiles suelen dispararse sino a la voz de mando. Y la palabra nos revela a los hijos de los pueblos hispánicos que nos son comunes la historia y sus valores de toda índole, y por ello nuestro peculiar concepto del derecho, de la familia, de la amistad, de la vida, y nuestro peculiarísimo sentido del hombre, como un ser de capacidad inabdicable de salvación o de pecado.

El odio que se han tenido cerca de dos siglos criollos y españoles no ha destruido estas comunidades espirituales. Lo que las hace indestructibles es su valor, por el que no queremos que sean destruidas. No hay apenas indio americano que no sepa que hubo un tiempo en que misioneros españoles, amparados y guiados por las autoridades, sacrificaban su existencia al sólo objeto de evangelizarles y mejorar su condición. Y lo que quiero decir con ello es que no veo manera de aislar en nuestros pueblos hispánicos nuestro patriotismo territorial de nuestro patriotismo espiritual, fundado en todo lo bueno que la Religión y la Monarquía hicieron por nosotros. En el concepto puede aislarse el patriotismo y separarse de cualquier otro sentimiento, como es también posible fijar los caracteres de la pintura pura, de la poesía pura o del teatro puro. En la realidad objetiva, en cambio, el teatro puro se traduce en el teatro de marionetas de Gordon Graig, que sería el fin del teatro; la poesía pura, en el vanguardismo, fin de la poesía, y la pintura pura ha sido el negocio de los marchantes de París sobre la credulidad del nuevo rico. Y es que la realidad no es nunca pura, sino heterogénea.

Pero no sigo, porque no quiero que el lector sospeche que estoy polemizando con Ledesma Ramos, cuando me hallo conforme con casi todo lo que dice en su "discurso", digno de ser leído, no tan sólo por las juventudes, sino por todas las gentes reflexivas de España.

RAMIRO DE MAEZTU



A B C EN BERLIN

Un ario..., pero algo lejano

Una baja inopinada en el diagrama de mi salud normal me ha obligado, más días de los que yo quisiera, a recluirme para cuidarme. Durante este tiempo he podido, buscando frescor ario en medio del ardor antisemita—quiero decir antijudío y anticatólico; "Cristo era semita y ello es una lástima", dicen algunos racistas nostálgicos—, emboscarme en la vida ejemplar de un gran ario, el Emperador Asoka.

Este excelso Monarca indostaní florecía poco después de la afortunada e inútil algarada alejandrina por el Punjal, durante la primera guerra púnica, y fué, como dice Oltramare, "uno de los Reyes más extraordinarios de cuantos han empuñado un cetro". Segundo sucesor de Candragupta, el fundador de la dinastía de los Mauryas, el